



Una herida en uno de los brazos peludos y grises chorreaba sangre.

—¿Pero qué es lo que te ha pasado? —gritó la madre, que se apresuró a vendarle el brazo con un puñado de telarañas polvorientas.

—No hagas un drama, mujer. No es nada. Un simple arañazo. Tuve que atajar por entre unos matorrales, nada más.



El padre arrojó el saco al suelo, junto al fuego. No había nada dentro que tuviera forma de cordero.

—¿No lo has conseguido? —preguntó la madre, ansiosa.

—Por supuesto. Ya lo he llevado al palacio.

—El rey debe de estar aburrido ya de que cada año le sirvan cordero para su cena de cumpleaños —dijo Gritt—. Deberías haberle llevado un Bajini para variar.

—Gritt —dijo su padre, severo—. No tiene gracia —cogió el caldero directamente del fuego y se lo llevó a los labios.

—¡Yo quería repetir! —vociferó Gritt.

—¡Mala suerte! —le dijo su padre—. A ver si así aprendes a no hacer chistes malos.

Muchos siglos antes, los gigantes habían usado a los

Bajini como esclavos, y a veces como cena, pero eso era antes de que ellos inventaran sus bastones de matar mágicos y contraatacaran. Ahora los gigantes tenían que vivir en secreto, en las profundidades de Monte Gruñente. Habían construido un pueblo entero en las viejas minas de la montaña.

—No era una broma —dijo Gritt—. Yo creo que deberíamos cazar bajinis.

—¡Gritt! —gritó mamá Trogg.

—¡Que nadie te oiga jamás hablar de ese modo! —dijo su padre, que se limpió los morros pegajosos en la manga y acabó con la boca llena de venda de telaraña—. Te encerrarían en la mazmorra.

—No quería yo decir que tengamos que comérmolos todos los días —dijo Gritt—. Los justos para que no lo notaran. Solo una vez al año, para el cumpleaños del rey.

Su padre se quitaba trocitos de telaraña de la barba y se los comía con los posos de las gachas.

—El secuestro hace ya mucho tiempo que es ilegal, como ya sabes, Gritt Trogg. Es demasiado arriesgado.

—¿Tú has corrido riesgos esta noche? —dijo la madre con el ceño fruncido—. ¿Por eso has tenido que atajar por entre los matorrales?

El padre se encogió de hombros.

—No ha sido peor que el asalto de cumpleaños del año pasado. Había un perro que ladraba, pero estaba muy lejos.

—¿Y volviste a casa por la ciénaga, para que el perro no pudiera oler tu rastro?

—Como siempre—. El padre se quitó las botas y las vació en el caldero.

Gritt escudriñó el saco de su padre.

—Otra vez pichones —dijo, disgustado—. Eso es un tentempié.

Pero para Muncle, los pichones eran una comida entera. Incluso para desayunar le ponían más de lo que quería.

—Toma, Gritt —le dijo—, cómete el resto de mis gachas.

—Apenas hay un bocado —protestó su hermano con desprecio—. De todas formas no tengo tiempo. Tengo que ver a Titán antes de clase.

—Titán Tarugo está en la clase de Muncle —dijo la madre—. ¿Cómo es que quieres verlo?—. Se pasó una mano por el pelo, esparciendo horquillas de ramitas en todas direcciones. Flubb cogió una y empezó a mordisquearla.

—Gritt quiere estar en la banda de Titán, mamá —explicó Muncle.

Los Suelta Sopapos eran la banda de matones más dura de todo Monte Gruñente, con las pruebas de ingreso más difíciles. Paso Pesado había pasado la prueba porque golpeó el gong del pueblo en mitad de la noche y despertó a la familia real. Corría el rumor de que una vez alguien había luchado con un dragón, y de que otra persona había intentado robar la corona del rey Redomado.

—Los chiquillos solo se divierten —le dijo el padre a la madre, que se veía nerviosa—. Titán Tarugo es el delegado escolar, después de todo. Sus amigos no pueden ser tan malos.

—Bueno —empezó Muncle, pero se lo pensó mejor. Titán Tarugo era el peor de los matones de la escuela, y le hacía la vida imposible a Muncle, pero no quería preocupar a su madre—. No debería preocuparme, no creo que consiga entrar.

—¡Ya lo creo que voy a entrar! —dijo Gritt con fastidio, y se dirigió a la puerta pisando fuerte.

—¡Espérame! —gritó Muncle, cogió uno de los panecillos de bellota de su madre para la comida y salió escapado tras su hermano. Si iba a la escuela con Gritt, quizás nadie se metería con él hasta que llegase a su clase.

—Ten cuidado —le gritó su madre.

—Lo haré —le contestó mirando por encima del hombro. Pero ¿cómo iba a cuidarse, cuando era tantísimo más pequeño que todos los demás? No le parecía justo que su madre aún tuviera que preocuparse por él cuando tenía dos hijos más pequeños que cuidar.

—No tenías que haberle dicho nada a mamá sobre los Suelta Sopapos —dijo Gritt, pasando a zancadas por los establos de los dragones guardianes hacia el calletúnal alumbrado por antorchas.

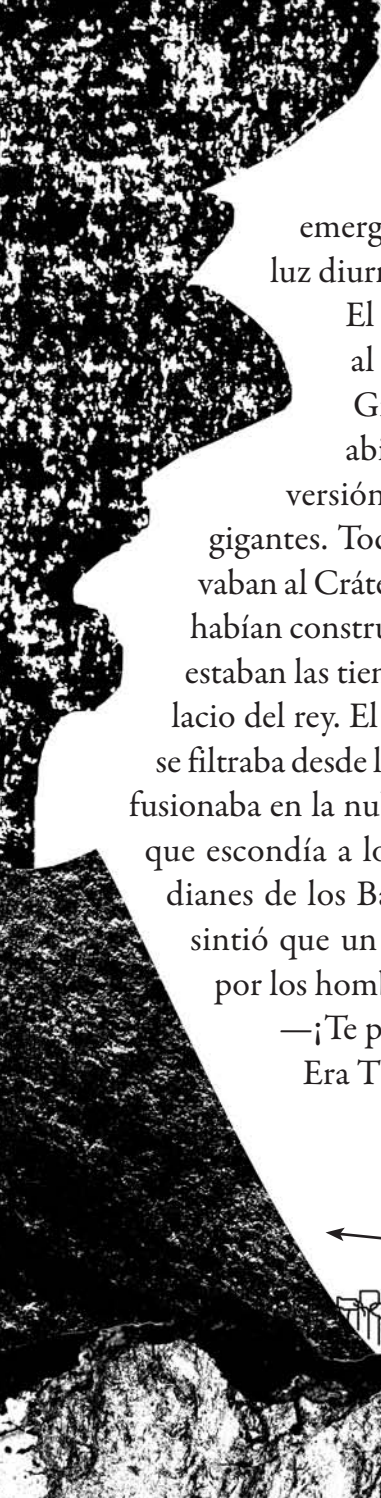
Muncle se apresuraba para seguirle el ritmo.

—Los chicos de mi clase se han metido en serios problemas por esa banda —le dijo a Gritt—. Pedazo Paleto se pasó un mes en la mazmorra cuando Titán le desafió a que disparara una flecha ardiendo por una ventana de palacio.

—Bueno, yo no voy a ir a parar a la mazmorra —dijo Gritt—, no soy tonto. Vamos, Muncle, ¿no puedes ir un poco más rápido?



Monte Gruñente



Muncle empezó a correr y pronto emergieron de las sombras a la brumosa luz diurna del Cráter.

El Cráter era una hondonada enorme al aire libre en el centro del Monte Gruñente, y el único lugar del pueblo abierto al cielo. Era un lugar de diversión: mercado, parque y teatro de los gigantes. Todos los calletúneles principales llevaban al Cráter y los edificios más importantes se habían construido excavando en sus paredes. Allí estaban las tiendas, las tabernas, la escuela y el palacio del rey. El humo de las casas y de las fábricas se filtraba desde las grietas de la pared del Cráter y se fusionaba en la nube que pesaba sobre la montaña, y que escondía a los gigantes y a sus dragones guardianes de los Bajini del pueblo del valle. Muncle sintió que un par de enormes manos lo cogían por los hombros.

—¡Te pillé!

Era Titán. Les había estado esperando.

← ¡Lleno de GIGANTES!



—Saca el cordel de mi bolsillo, Gritt —ordenó.

Gritt vaciló.

Titán levantó sus enormes cejas pobladas y dijo:

—Bueno, ¿quieres formar parte de los Suelta Sopapos o no?

—Pero es que él es mi her...

—¡Bah! Eres un cagueta, Gritt Trogg —se burló Titán.

Esto era demasiado para Muncle. Atormentarlo a él era una cosa, pero ridiculizar a su hermano pequeño era otra muy diferente, aunque fuera el doble de grande. Reunió todas sus fuerzas y le dio con la cartera del colegio en toda la cara al delegado escolar. Fue un golpe certero. Un grano enorme que tenía Titán en la punta de la nariz explotó. De allí salieron disparados chorros espectaculares de sangre y pus.

—¡Aaagh! —gritó Titán—. Lo vas a pagar, mequetrefe. Me lo estaba cuidando y engordando para el espectáculo extra Furúnculo Fiero del cumpleaños del rey. Coge la cuerda, Gritt. ¡Ahora mismo!

—Bu... bueno... —tartamudeó Gritt.





Titán echó a Muncle al suelo, sujetándolo con un pie enorme, y desenrolló el cordel. Metió uno de los extremos por el cinturón de Muncle, le hizo un nudo y empezó a darle vueltas a Muncle en el aire.

Muncle cerró los ojos bien apretados y esperó el despegue; pero antes de que le pudiera lanzar al otro lado del Cráter, se oyó un estrépito ensordecedor. Titán se detuvo de repente, y Muncle patinó hasta aterrizar en la tierra polvorienta. Le había salvado el gong de la escuela.

—Tengo que irme —dijo Gritt—; si llego tarde a Ciencia dragonil otra vez tendré problemas con el señor Trallazo —le dirigió una mirada de pena a Muncle y atravesó el Cráter como una bala. Titán le propinó a Muncle un último puñetazo en las costillas, y salió corriendo tras Gritt, dejando a Muncle casi sin



respiración y hecho unos zorros. Titán también tenía prisa, y Muncle sabía por qué.

Normalmente a los chicos como Titán no les importa llegar tarde. Y normalmente Muncle prefería jugar en su cueva del bosque de afuera del Monte Gruñente a ir a la escuela. Pero hoy no era un día normal. Hoy era el día de la excursión de los graduados. Toda la clase lo había estado esperando durante semanas, y Muncle más que nadie.

¡Iban a visitar el mundo de los Bajini!